

AITZBITARTE Y EL NACIMIENTO DEL EUSKERA

(CUENTO DE CIENCIA-FICCION)

ECEIZA MICHEL



Tenemos en Euskadi una estupenda plantilla de etnólogos, filólogos, etimólogos y otros especialistas de esos cuyos nombres científicos terminan en ese sufijo griego y, la verdad: ¿A que ninguno ha osado explicar COMO nació el euskera?. Nos aclaran de qué manera y cuándo—poco más o menos—voces celtas, latinas, germánicas, árabes, etc., se incorporaron a nuestro vernáculo idioma, haciendo un impúdico «strip-tease» del mismo... Pero, nada de COMO NACIO. Si afirman algo, es que ya se hablaba hace unos 5.000 años, minuto arriba o abajo.

Sin embargo, para mí que sólo soy «ancianólogo», esto no constituye problema ya que yo si se COMO SE COMENZO A HABLAR EUSKERA, aquí, entre nuestros bosques, nuestras montañas, a la orilla de nuestro mar...

Mas, no nos pongamos líricos y vayamos al grano consistente en aclarar como—allá por aquella época en que los chatos neanderthalenses correteaban por Europa jugando al escondite con los narizotas de cro-magnones—sucedió el fenómeno.

Veréis cómo fue: una pareja de jóvenes «homo sapiens» (más de lo primero que de lo segundo) se separó del resto de la tribu y campó por su cuenta al amparo de una grutita de difícil acceso y, por consiguiente, de fácil defensa, bien abrigadita y seca, bien situada en las pinas laderas de Aitzbitarte. Era una cuevecita que no se la hubiera proporcionado mejor el más concienzudo de los agentes inmobiliarios de la época.

Este hábito de las parejas jóvenes de querer vivir sus vidas un poco al margen de las de los demás, es uno de los atavismos que nos han llegado desde tan lejanas edades. Y esto nos da pie para hablar de otro—éste lingüístico y que viene bien para entrar en materia—también presente entre nosotros y que constituye otro de los grandes descubrimientos que van a revelar estas páginas para pasmo del mundo entero. Veamos:

En ciertas circunstancias todos proferimos una simplísima exclamación la cual repetimos y repetiremos innumerables veces en nuestras vidas, exclamación que, en los escritos, se plasma con la letra «A». ¿No seguimos diciendo «¡Ah!» para

expresar admiración, pasmo, sorpresa y estados anímicos similares con esa simple exhalación de aire con la boca abierta?

Tan estupenda iniciación permite desarrollar el citado gran descubrimiento prosiguiendo con las sensaciones dimanadas de otros neumas en los que intervienen las demás vocales: ¡Eh!, ¡I!, ¡Oh!, ¡Uf! y a las que podemos complicar un poco con mezclarlas así: ¡Ea!, ¡Ia!, ¡Oa!, ¡Ua!... y, ¿qué sensación psíquica escapa a éstas y otras muchísimas combinaciones de simples vocales: ¡Prácticamente ninguna!

Miren por donde, con sólo ponerme a llenar holandesas, he dado con el origen de todas las lenguas del mundo. Porque, así como las vacas en Alemania dicen: «mmuuuu» lo mismito que en Euskadi, aquél a quien le pisan un callo dice: «¡Ay!» lo mismo aquí que en Nueva Caledonia. Luego, estas sonoras vocales son la base idiomática común de la Humanidad.

¿Que hay diferencias? ¡Claro! A nadie se le escapa que la manera de decir ¡Ah! de un chato difiere, en su matiz sonoro, de la de un narigudo. Y estas diferencias también se notan entre los de labios gruesos y los de bezos finos, entre los prognatos y los que no lo son, entre los de voz atiplada y los de voz grave... Y, si decir: ¡Ah!, por uno u otro tipo humano ya tiene variación; ¡figúrense las que tendrán las demás vocales con toda la procesión de consonantes que,—mucho más tarde y de muy diferentes maneras—se combinaron con ellas!. Poco trabajo tuvo Jehová para confundir las lenguas en Babel. Le bastó juntar chatos, befudos, carilargos, hocicudos, aquilinos, etc., etc. Aunque todos decían lo mismo, con las mismas monosilábicas bases, sonaba tan diferente que: ¡no se entendían! Luego, la dispersión acentuó las diferencias y... ¡Ya tenemos el origen de todas las lenguas de raíz semítica!

Una vez clarificado—así, de pasada y sin complicadas especulaciones «suígeneris»—tan importante problema bíblico; regresemos a nuestro objetivo y concretamos, de una vez, COMO se inició el euskera (que poco tiene que ver con el semítico) ¡Ya va siendo hora, concho!

Volvamos a aquella pareja de cro-magnones refugiados en su grutita de Aitzbitarte no muy lejos de las grandes cuevas donde se asentaba el resto del clan por si acaso, pero lo suficiente aislados como para ir fabricando—entre otras cosas más difíciles—una serie escalonada de pequeños cromagnoncitos. Así discurrían sus días de cazadores-predadores, con una dieta más variada cuando ella, sin demasiado volumen en su barriguita, podía recoger bellotas, castañas, manzanas y menudencias semejantes, en la profusa selva que, entonces, cubría toda aquella zona y gran parte de Euskadi.

Y llegamos al día en que, del simple monosílabo surgió: ¡La primera palabra!

Aunque hemos aclarado suficientemente que eran comunes a toda la Humanidad las exclamaciones: ¡Ah!, ¡Oh!, ¡Uf! y similares; ese día señaladísimo, se articuló la que fue madre de todas las palabras euskaras, algo más que un simple grito, la fuente de la que comenzaron a manar los vocablos que diferenciaron nuestra lengua de las otras. Lo cual sucedió así:

Ella regresaba a su cavernícola hogar donde su hombre, después de cazar un par de gazapos, protegía a los cro-magnoncitos armado con un grueso garrote. La mujer acababa de recoger un buen montón de maduras zarzamoras cuando, un antipático y hambriento oso irrumpió en la escena y se encaprichó en merendarse, no a las «mazustas» negritas y en su punto más apetitoso, sino a la que las portaba. Ahora, imagínense los: ¡Aaaaaah!, ¡Uuuuuuuuuuu!, ¡Ooooooooh! que exhaló la pobre al verse en peligro de convertirse en «bocata» para el plantígrado.

Al oír los gritos, su pareja se percató inmediatamente que significaban peligro gordo y corrió a la entrada de la gruta hacia la cual trepaba veloz la hembra, perseguida de cerca por el poco galante pero—¡Gracias a Dios!—torpón oso.

El cro-magnón, como es instintivo en todos los chicos del orbe, agarró cuantas piedras tenía a mano y se lió a cantaros con el animal, haciendo gala de la certera puntería del que está acostumbrado a valerse de semejantes proyectiles, tanto para defenderse como para cazar conejos, codornices y animalejos semejantes.

Las piedras detuvieron al bruto momentáneamente, lo que dio tiempo a la perseguida para llegar al relativo refugio de la gruta, exhausta, pero con el ardor suficiente para contribuir a la defensa de sus cachorrillos.

El oso gruñía amenazador, sangrando por el hocico alcanzado por certero guijarrazo. Pero, debía tener mucha hambre y la piel y la pelambrea muy gruesas, o era tan bellaco como para no desistir de su presunta «afari-merienda» sabiendo el costo de hematomas que suponía aquella lluvia de peladillas. Por ello, con la cabeza gacha para resguardarla de nuevos impactos, prosiguió su ascensión ante el pavor, cada vez más acentuado, de nuestros tatatarabuelitos, los cuales, viendo que sus menudos proyectiles no lo detenían, agarraron al unísono un enorme peñasco y, previo balanceo de unos segundos atrás y adelante para darle impulso, lo lanzaron sobre la testuz del empecinado plantígrado, asomado ya al borde de la cueva. El animal recibió aquel peñasco—que pesaría alrededor de sus cien kilitos—en la mismísima cresta, lo que le lanzó dando volteretas por la pendiente en la que provocó un ruidoso alud de pedrería suelta. Ya allí abajo, entre las aguas del torrente, intentó incorporarse. Pero algo le fallaba y, a los pocos y tambaleantes pasos, cayó de costado sobre la orilla gimiendo y gruñendo: «ggggrrrr»... lo que aún sigue siendo una amenazadora expresión en el idioma osótico.

La pareja humana primero bailoteó de alegría por su triunfo. Luego él, lleno de furor por el susto pasado, tomando nuevas piedras, las lanzó sobre la caída bestia. Al hallarse ésta a cierta distancia, el lanzador tomaba carrerilla mientras llevaba el brazo muy atrás, lo que hacía que su boca impeliese el aire en un: ¡Aaaaaa! muy sonoro que era seguido de un: ¡llllllllllt! al lanzar la piedra y expeler el aire.

A los cro-magnoncitos, observadores atentos del desarrollo de tan cruento combate por la supervivencia, se les quedó grabado para siempre que, aquello que lanzaba su padre, se llamaba: «aaa-itz», palabra simple, sencilla, contundente y: ¡LA PRIMERA ARTICULADA DEL EUSKERA!

Sin embargo, existió un sabio que no es ni Estrabón ni Cide Hamete sino muy anterior a éstos, quien, descifrando esos maravillosos grabados de Ekain y Santimamiñe opina que no fue exactamente así, que el cro-magnón al echar el brazo para atrás decía efectivamente: ¡Aaaaa!, pero que, al lanzar la piedra le salía un: ¡Rrrrrriiii!, y que los cro-magnoncitos asociaron así a las piedras con un: «Aaa-riii», siendo ésta la primera palabra euskaldún.

¡Esto es un asco! ¡He aquí divergencias ya en la misma cuna del idioma! Pero no me voy a amilantar, ¡oh, no! A mí me gusta más la primera versión ya que, además de haber dejado cola muy nutrida en la lengua, es además, la más lógica. Hagan ustedes la prueba: echen el brazo para atrás aspirando aire sonoramente y luego proyéctenlo violentamente hacia adelante expeliendo aquél, no menos sonoramente y... ¿qué sonido resulta? ¡Aaaa-itz!

Claro que es posible que unas veces le saliese ¡Aaaa-itz! y otras ¡Aaaa-rii! También lo es que, en el esfuerzo, se escape aire por otro conducto que el bucal, pero este «ruidito» nunca, pese a ser tan universal, ha sido incluido como parte idiomática en Academia alguna.

Bien. Aquí queda testificado cómo se inició el euskera. Una vez articuladas dos sílabas para concretar un objeto, se aprendió el procedimiento para hacer lo mismo con los demás. ¡Simple cuestión de oportunismo!

La importancia de la raíz «aitz» nadie ignora que es muchísima en nuestro querido idioma. Así que: ¡Recapaciten, vean, de qué manera tan simple se ha solucionado el origen de tan importantísima palabra base, la cual,—según afirma el sabio antes mencionado incongruentemente con su «aaa-rii»—es anterior incluso a la de «aita», que proviene de «aitz-ta» (El que lanza piedras).

Tan brillantes descubrimientos hubiesen hecho las delicias de Larramendi, Astarloa, Erro, Hervás, Humbolt, Cejador y otros entusiastas euskarólogos, aún cuando a algunos les molestase no poder recurrir al Paraíso Terrenal o a Tubal para redondear tan sensacionales hallazgos.

Les dejaremos meditando sobre la larga familia de vocablos en que interviene el «aitz». Yo, considerando que el desarrollo de tan inconmensurable descubrimiento es materia reservada para especialistas, lo dejo en manos de los Barandiarán, Mitxelena, Julio Caro Baroja y demás entusiastas científicos; y aprovecho tal estimación como «aitz-aki» para terminar con tan fantástico como esclarecedor escrito.

Y que Jaungoikoa y esos preclaros señores perdonen semejante intromisión en sus cotos y no me mande a... Aitzbitarte a que me queda allí con mis descubrimientos.